OCHO

A lomos del caballo de Odín
en el filo del cielo y la tierra,
jinete de oro galopas un corcel,
entre galvánicos brillos que ciegan.

Recio, a la bestia de las ocho patas
mientras vuela en loca carrera,
entre octogonales formas geométricas,
firme jinete, por la brida sujetas.

En loor de pitagórica justicia
vas buscando una llave nueva;
la puerta a la siguiente octava
del infinito ciclo de las eras.

A través del ocho llegas
a cotas inalcanzables de dicha,
o a densas regiones de sombras,
o al edén de tu mitad cristalina,
y siempre al adiós terreno,
al padre marmóreo y gélido,
a lo trágico y lo excelso,
y a la madre y su final beso.

En octubre al renacimiento,
a días de la historia familiar,
a cifras que reniegan del azar
del ocho presente en tu vida trivial.

Eres causante dicen, del equilibrio
insondable y cósmico,
ocho el caduceo de Mercurio
igualando poderes antagónicos.

Ocho como oscura ponzoña
del más aciago escorpión
acecha saturnal y taciturno
en la octava constelación.

Ocho eres a su vez vida
en evolución en el espiral
de la estética creación

matemática y espiritual.
En los átomos en reacciones,
que como el oxígeno aspiran
abrazarse a ocho electrones.
Hipnotizados ya a un son giran
la regla del octeto con los protones

Esotérica es entonces tu vida
jinete y la octava, tu justa valencia
que marca el latir de tus horas,
con su constante regular presencia,
como sombra de hace siglos,
como el sino de tu historia.

Terrassa 11 de marzo 2017